



1

Ya había recorrido la mitad del patio cuando me di cuenta de que todavía llevaba las zapatillas del instituto. No miento. Tuve que dar media vuelta y apresurarme hacia el *genkan** con las risas contenidas de mis compañeros a mi espalda mientras mostraba toda la dignidad que me permitían las zapatillas.

En fin, era como gritar que era *extranjera*. Se podría pensar que después de un par de semanas ya habría establecido una rutina, pero no. Había vuelto a ese estado en el que me olvidaba de todo por un instante mientras caminaba confusa entre los sonidos del japonés que se hablaba a mi alrededor, tan absorta que no acababa de comprender que no era inglés, que estaba en el otro lado del mundo, que mi madre estaba...

—¡Katie!

Alcé los ojos y vi a Yuki correr hacia mí después de separarse de un grupo de chicas que habían dejado de charlar para

* Vestíbulo o entrada de un edificio japonés. Por lo general, el suelo del *genkan* está a un nivel más bajo que el resto del edificio para mantener los zapatos y otras cosas del exterior separadas del suelo elevado del interior.

observarnos. Sus miradas no eran hostiles, pero tampoco es que fueran sutiles. Supongo que es lo normal cuando eres la única *Amerika-jin*, americana, del instituto.

Yuki me agarró de los brazos con sus finos dedos.

—Dime que no vas a entrar ahí —dijo en inglés señalando la entrada del instituto detrás de nosotras.

—Pues... creo que tengo que hacerlo —respondí en mi horrible japonés. *Olvida el inglés*, me había dicho Diane. Es la forma más fácil y rápida de ganar fluidez. Supongo que también será más sencillo olvidarlo todo. *Olvidar que alguna vez tuve otra vida*.

Yuki sacudió la cabeza, así que le mostré las zapatillas.

—Aun así, no deberías —dijo, esta vez en japonés. Me gustaba eso de Yuki, ella sabía que me estaba esforzando. No insistía en hablar en inglés como algunos de mis otros compañeros—. Se está produciendo una horrible ruptura ahora mismo en el *genkan*. Algo muy, muy raro.

—¿Qué se supone que tengo que hacer, esperar? —pregunté—. Sólo será entrar y salir, diez segundos. —Extendí los dedos para dar más énfasis.

—Confía en mí —respondió—, es mejor que no te involucres en esto.

Eché un vistazo por encima de su hombro, pero no pude ver nada a través del cristal. Golpeteé el suelo con la punta de la zapatilla, y ésta me pareció muy endeble.

—¿Alguien relevante? —pregunté en inglés, y Yuki ladeó la cabeza—. Ya sabes, ¿un *daiji na hito** o algo así? —Si Yuki estaba preocupada, es que era algo digno de cotilleo.

Ella se inclinó hacia mí con complicidad.

—Yuu Tomohiro —susurró. En Japón, a todo el mundo se le nombra primero por el apellido—. Se está peleando con Myu.

—¿Quién?

Las risitas de las amigas de Yuki sonaron detrás de nosotras. ¿Habían estado escuchando todo el rato?

* Una persona importante, un pez gordo, etc.

—Myu, su novia —aclaró.

—Ya, conozco a Myu. Me refiero al otro —añadí.

—¿Yuu Tomohiro? —preguntó Yuki mientras agitaba los brazos de manera exagerada, como si de esa forma fuera a despertar un recuerdo que yo no tenía—. ¿La estrella del equipo de kendo? Le dejan salirse con la suya prácticamente en todo. Será mejor que no llames su atención, confía en mí. Tiene una mirada fría. No sé..., parece peligroso.

—¿Y qué me va a hacer? ¿Fulminarme con la mirada?

Yuki resopló con impaciencia.

—No lo entiendes. Es impredecible. No querrás enemistarte con un estudiante de último curso en tus primeras dos semanas, ¿no?

Me mordí el labio mientras intentaba mirar de nuevo a través del cristal. No necesitaba llamar más la atención, eso por descontado. Sólo quería integrarme, hacer mis deberes y pasar desapercibida en el instituto hasta que mis abuelos pudieran acogerme. Pero tampoco quería quedarme en el patio en zapatillas durante quién sabía cuánto tiempo. De todas formas, tampoco es que pudieran hacerme la vida imposible si me marchaba de Japón, y eso iba a suceder pronto, ¿verdad? Éste no era el lugar en el que mi madre pretendía que acabara. Eso lo tenía claro.

—Voy a entrar —dije.

—Estás loca —respondió Yuki, pero le brillaron los ojos de entusiasmo.

—No me dan miedo.

Yuki alzó los puños hasta la barbilla.

—*Faito* —dijo. *Lucha*. Me animaba con su voz más alentadora.

Sonreí un poco y caminé hacia la puerta. Incluso desde fuera podía oír los gritos amortiguados. Cuando se calmaron un minuto, vi mi oportunidad.

Sólo entrar y salir. Estoy en zapatillas, por el amor de Dios. Ni siquiera van a escucharme.

Tiré de la puerta y dejé que se cerrara en silencio detrás de mí antes de avanzar por el suelo elevado de madera. Los latidos de mi corazón me retumbaban en los oídos. Los gritos todavía sonaban amortiguados, y me di cuenta de que la pareja estaba al otro lado de la puerta corrediza del *genkan*, dentro del instituto. Perfecto, no había forma de que me vieran.

Me deslicé a hurtadillas entre las filas y filas de zapatos buscando los míos. No me fue difícil encontrarlos, ya que eran los únicos de piel y destacaban a un kilómetro al estar rodeados por las zapatillas de todos los demás, guardadas con pulcritud en los compartimentos. En el instituto todos llevábamos zapatillas para mantener el suelo limpio, pero no eran las típicas cómodas de estar por casa. Eran como de papel, blancas y planas. En Japón hay zapatillas para todo: el colegio, la casa, el baño, lo que se te ocurra.

Recogí mi calzado mientras la voz aguda y estridente de Myu resonaba en el vestíbulo al otro lado de la puerta corrediza. Resoplando, me quité la primera zapatilla, luego la otra, dejé caer los zapatos al suelo y deslicé los pies dentro.

Y, de pronto, la puerta se abrió con estruendo.

Me agaché, sobresaltada por los pasos que se acercaban decididos hacia mí. Sin duda, no quería formar parte de aquella escena.

—¡*Matte!* —gritó Myu, seguida de un montón de pasos arrastrados—. ¡Espera!

Eché una ojeada a la puerta que daba al patio; estaba demasiado lejos para conseguirlo sin ser vista. Intenté planear una ruta de escape, pero ya era demasiado tarde. Si ella me veía ahora, agazapada contra la pared como si fuera una espía, pensaría que estaba escuchando a escondidas, y no quería que circularan rumores sobre mí. Ya era una *gaijin*, una extranjera. No necesitaba ser la rarita también.

—Eh —dijo una segunda voz enfadada. Era profunda y aterciopelada. Debía de ser Yuu Tomohiro, la peligrosa estrella de kendo. Pero no sonaba tan amenazador. De hecho, sonaba bastante indiferente. Frío, como había dicho Yuki.

Myu soltó una retahíla de palabras en japonés que no conocía. Entendí una partícula por aquí, un verbo en pasado por allá, pero, seamos sinceros, llevaba poco más de un mes en el país y cinco estudiando el idioma. Me había embutido en la cabeza todo el japonés que fui capaz, pero, en el momento en el que pisé el avión, me di cuenta de que todos mis esfuerzos habían sido en vano; no podía mantener una conversación real. Aunque sí nombrar casi todas las frutas y verduras de un supermercado.

Un gran plan. Muy útil. Las cosas habían mejorado desde que llegué, pero aun así, hablar con Yuki o tomar apuntes en clase no era lo mismo que seguir los estridentes balbuceos de un evento social tan relevante como aquella ruptura. Ya hubiese sido bastante difícil en inglés. Sólo pude entender el detalle más importante, que era que ella estaba seriamente disgustada. No se necesitaba demasiado vocabulario para darse cuenta.

Eché un vistazo por encima de las estanterías de zapatos abrazada al marco de madera para que no pudieran verme. Yuu Tomohiro se había parado en seco. Me daba la espalda y tenía la cabeza inclinada hacia atrás mientras la miraba. Las largas piernas de Myu hacían que su uniforme pareciera escandalosamente corto; los calcetines, que debían llegarle hasta las rodillas, se le arremolinaban en torno a los tobillos. Estaba en lo alto de las escaleras y sostenía un libro negro; llevaba las uñas pintadas de color rosa y plata brillante.

—¿Qué es esto? ¿Qué es? —preguntaba una y otra vez mientras agitaba el libro ante la cara de Yuu.

Mmm... pensé. ¿Un cuaderno?

Yuu Tomohiro se encogió de hombros y volvió a subir las escaleras hacia la puerta corrediza. Intentó alcanzar el cuaderno, pero Myu lo escondió tras ella. Él suspiró mientras se reclinaba contra la puerta abierta y apoyaba una de las zapatillas en el marco de madera.

—¿Y bien? —preguntó Myu.

—¿A ti qué te parece? —respondió—. Un cuaderno.

Puse los ojos en blanco, a pesar de que mi respuesta había sido la misma.

—*¿Baka ja nai no?** —le chilló Myu.

Él era más alto que ella, pero no cuando se encorbaba de aquella manera contra la pared. Y cuanto ella más se enfurecía, más se encogía él contra la puerta. Introdujo las manos en los bolsillos de su chaqueta azul marino del uniforme e inclinó la cabeza hacia delante, como si no pudiera soportar mirarla. Su pelo cobrizo, demasiado brillante para ser natural, caía en todas direcciones, como si no se hubiera tomado su tiempo en cepillárselo, y se había dejado el flequillo largo, por lo que, al mirar al suelo, las puntas le rozaban las pestañas.

Sentí cómo el calor me ascendía por el cuello. Yuki no me había advertido de que era tan..., bueno, guapo. Vale, era increíble. Casi esperaba que brotaran chispas y arcoíris de las paredes al más puro estilo *anime*, si no fuera porque sus labios estaban torcidos en una mueca de satisfacción y la forma en la que se apoyaba contra la pared denotaba una engreída actitud de superioridad.

Era evidente que Myu había captado el mensaje. Estaba furiosa.

—¿Crees que soy estúpida? —preguntó de nuevo—. ¿O es que lo eres tú?

—¿Acaso importa?

¿En qué demonios me he metido?

No podía apartar la vista. La cara de Myu estaba hinchada y rosa, y de vez en cuando las palabras se le atragantaban en la garganta. Lanzó una serie de preguntas que quedaron suspendidas en el aire sin respuesta. Cada vez estaba más desesperada, el silencio se había vuelto más tenso.

¿Qué diablos habrá hecho?

Ponerle los cuernos, quizá. Era la respuesta obvia, si no no estaría tan enfadada. Y él no tenía réplica, porque en realidad, ¿qué podría decir?

* «¿Eres idiota?».

Yuu Tomohiro negó con la cabeza y el pelo revoloteó a su alrededor. De repente dirigió la mirada hacia las estanterías de zapatos que había a mi lado.

Me encogí todo lo que pude contra la pared, cerré los ojos y recé por que no me viera. Myu había parado de gritar, y un denso silencio cayó sobre el *genkan*.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó ella.

Mierda, seguro que me había visto. Se acabó. De ahora en adelante sería la *gaijin* que no tiene vida y escucha a escondidas las discusiones ajenas para satisfacer su lado *emo*.

—Nadie —respondió, pero no sonó muy convincente.

No pude resistirme y volví a asomarme. Yuu estaba mirando hacia otro lado. Así que, después de todo, no me había visto. Gracias a Dios, ya podía volver a ser la *gaijin* en zapatillas.

Myu tenía los ojos hinchados y anegados en lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Así que es verdad —dijo ella—. Está embarazada.

Madre mía. ¿Qué es esto? ¿Quién es esta gente?

—*Sou mitai** —repuso Tomohiro con una sonrisa de satisfacción que pretendía ser un sí. Una respuesta como ésa era tremendamente cruel. Hasta yo sabía eso.

Las uñas brillantes de Myu se clavaron en el libro. Lo alzó por encima de los hombros, con lo que las hojas sueltas comenzaron a desprenderse de él y a caer hasta que aquello se convirtió en un desastre de papeles.

Después lo lanzó al suelo.

El cuaderno cayó en una explosión de páginas, las hojas salieron despedidas en el aire y llenaron la estancia como si fuera lluvia. Giraron y se retorcieron mientras descendían; los bordes blancos enmarcaban líneas negras de tinta y carboncillo. Revolotearon hasta el suelo como pétalos de flores de cerezo.

Uno de los dibujos cayó frente a mí y golpeó la punta de mi zapato con suavidad hasta que se detuvo.

* «Eso parece».

—¿Qué demonios? —gritó Yuu mientras recogía el libro del suelo.

—Entonces ¿qué ha significado lo nuestro? —susurró ella—. ¿Qué he sido yo para ti?

Yuu se enderezó y alzó la barbilla hasta que sus brillantes ojos oscuros se fijaron en los de ella. Dio dos pasos arrogantes en su dirección y se inclinó hasta que sus labios casi se rozaron. Los ojos de Myu se abrieron con sorpresa.

Él se mantuvo en silencio durante un momento. Entonces desvió la mirada y vi el dolor en sus ojos. Respiró hondo. Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos resplandecientes. Así que, después de todo, aquel bruto tenía sentimientos. Alargó la mano para tocar la mejilla de Myu, pero, entonces, se la metió en el bolsillo y comenzó a reírse.

—*Betsu ni* —dijo con voz aterciopelada. *Nada especial. Estás mintiendo*, pensé. *¿Por qué estás mintiendo?*

Pero parecía que a Myu le hubieran dado un puñetazo en el estómago. E incluso a pesar de las barreras culturales que se interponían entre nosotros, me quedó claro que acababa de menospreciar todo su sufrimiento, sus sentimientos, toda su relación. A él parecía no importarle lo más mínimo, y era básicamente lo que había dicho.

El rostro de Myu se tornó de un color carmesí intenso; el pelo negro se le pegaba a la cara sollozante y mocososa. Apretó los puños. Su mirada de esperanza se volvió fría e indiferente, como un reflejo de la de Yuu.

Y entonces Myu alzó la mano y le asestó un puñetazo en la mandíbula. Le golpeó tan fuerte que le desvió la cara hacia la izquierda.

Él levantó la mano para frotarse la mejilla y, cuando alzó la vista, vi cómo sus ojos se cruzaban con los míos.

Mierda.

Su mirada me paralizó y no pude moverme. El rubor inundó mis mejillas y sentí un hormigueo en el cuello a causa de la vergüenza.

No podía apartar la vista. Lo miré con la boca abierta.

Sin embargo, no me delató. Alzó la cabeza, volvió a fijar los ojos en los de Myu y fingió que yo no existía. Solté un suspiro tembloroso.

—*Saitē** —escupió ella, y escuché unos pasos. Un momento después, la puerta del vestíbulo se cerraba.

Suspiré.

Bueno, ésta ha sido la dosis de rareza de hoy.

Miré hacia abajo, al papel que todavía rozaba la punta de mi zapato. Lo recogí y le di la vuelta para verlo.



* «Eres lo peor».

Una chica recostada en un banco, dibujada de forma tosca con garabatos de tinta, miraba hacia el foso de agua del parque Sunpu. Llevaba un uniforme de instituto, una falda de tela escocesa ceñida a sus piernas cruzadas. Pequeños tallos de hierba y flores se enredaban a las patas del banco, lo cual debía de ser una licencia creativa, ya que todavía hacía demasiado frío para que florecieran.

La chica era preciosa, a pesar del delineado brusco, y llevaba un mechón de pelo recogido en una coleta. Descansaba el codo en lo alto del banco y tenía la mano detrás de la cabeza. Observaba el foso del parque Sunpu, la luz del sol reflejarse en el agua oscura.

Se le marcaba la barriga de embarazada bajo la blusa.

Era la otra chica.

Una sensación de angustia comenzó a revolverme el estómago, como si estuviese mareada.

De pronto, la chica del dibujo giró la cabeza y sus ojos de tinta me miraron fijamente.

Un escalofrío me hizo estremecerme.

Dios mío. Me está mirando.

Una mano me arrebató el papel. Alcé la vista, con la cabeza dándome vueltas, y me topé con la cara de Yuu Tomohiro.

Éste estrelló la página boca abajo contra una pila de dibujos que había recogido. Estaba demasiado cerca, tanto que casi se me echaba encima.

—¿Has dibujado tú esto? —susurré en inglés. No me respondió, se limitó a mirarme con dureza. Tenía la mejilla roja e hinchada allí donde Myu le había golpeado.

Miré hacia atrás.

—¿Lo has dibujado tú?

Él sonrió con superioridad.

—¡*Kankenai darou!**

Lo miré sin entender, y él hizo un gesto de desprecio.

* «No es asunto tuyo» o «No te concierne».